

El legado de Popper y la filosofía analítica¹

GUSTAVO FERNÁNDEZ DÍEZ²

Resumen: En la primera parte de esta nota realizo una brevíssima semblanza filosófica de Karl Popper, señalando sus principales contribuciones a la filosofía de la ciencia y a la filosofía política, y tratando de identificar aquellas que tendrán una influencia más incisiva y duradera en el desarrollo de la filosofía posterior. En la segunda parte describo el contraste existente actualmente en la Universidad española, entre una filosofía «erudita» y una filosofía «sustantiva», y señalo a la filosofía analítica como la principal representante de esta última.

Palabras clave: Karl Popper, filosofía de la ciencia, filosofía política, filosofía analítica, filosofía erudita, filosofía sustantiva.

Abstract: In the first part of this paper I make a very brief outline of Karl Popper's philosophical position, pointing out his main contributions to philosophy of science and to social philosophy, and attempting to single out those which will have a bigger and longer-lasting influence in the later development of philosophy. In the second part I describe a presently existing contrast in Spanish universities, between an 'erudite' and a 'substantive' philosophy, and I identify analytic philosophy as the main representative of the latter.

Key words: Karl Popper, philosophy of science, social philosophy, analytic philosophy, erudite philosophy, substantive philosophy.

1. El legado de Popper

Resulta muy difícil resumir el vasto pensamiento de Popper en unos pocos párrafos, como voy a tratar de hacer aquí, y mucho más si se trata de señalar cuál va a ser su legado, es decir, cuáles de sus contribuciones tendrán una influencia más perdurable en la historia de la filosofía, cuáles permanecerán vivas más tiempo a lo largo de esa historia.

En cualquier caso, si hubiese que reducir toda la filosofía de Popper a un solo eje central, seguramente éste sería la búsqueda de la falsación, ya que dicha búsqueda constituye la idea más característica de su filosofía de la ciencia, y también la inspiración de buena parte de su doctrina social, como vamos a ver enseguida.

El primer jalón en la producción filosófica de Popper fue su propuesta del criterio de falsación, alternativo al criterio de verificación que se defendía en el ámbito del Círculo de Viena, y que Pop-

1 La presente nota recoge mi contribución al Curso de Promoción Educativa «5ª Semana de Filosofía de la Región de Murcia», celebrado en Murcia, entre el 22 y el 26 de enero de 2001. Dicho curso estuvo organizado conjuntamente por la Universidad de Murcia y la Sociedad de Filosofía de la Región de Murcia, y fue el entonces presidente de esta última, profesor Manuel Hernández Iglesias, quien me invitó a participar en el mismo, pidiéndome que tratara en mi intervención de la obra de Popper.

2 Facultad de Filosofía, Universidad de Murcia, Apartado 4021, E-30071 Murcia, España (gfdezdp@um.es).

per presentó como una mejora neta al mismo, en dos frentes muy específicos: el de los criterios de demarcación entre ciencia y no ciencia, y el de la metodología de justificación del conocimiento científico:

«(...) el criterio de demarcación que hemos de adoptar no es el de la *verificabilidad*, sino el de la *falsabilidad* de los sistemas. Dicho de otro modo: no exigiré que un sistema científico pueda ser seleccionado, de una vez para siempre, en un sentido positivo; pero sí que sea susceptible de selección en un sentido negativo por medio de contrastes o pruebas empíricas: *ha de ser posible refutar por la experiencia un sistema científico empírico*.

(...) De acuerdo con mi propuesta, lo que caracteriza al método empírico es su manera de exponer a falsación el sistema que ha de contrastarse: justamente de todos los modos imaginables. Su meta no es salvarles la vida a los sistemas insostenibles, sino, por el contrario, elegir el que comparativamente sea más apto, sometiendo a todos a las más áspera lucha por la supervivencia»³.

La clave de esta aparente mejora del criterio de falsación sobre el criterio de verificación estriba en la asimetría lógica existente entre ambos criterios: mientras una ley universal no puede ser nunca exhaustivamente verificada, ya que resulta imposible efectuar observaciones directas de todas sus instancias, sí puede ser en cambio concluyentemente falsada, si se observa un solo caso que contradiga lo que predice la ley.

Así pues, de acuerdo con Popper, lo distintivo de la ciencia, y su principal objetivo metodológico, no es la búsqueda de verificaciones, que nunca se acumularán en número suficiente como para establecer de forma definitiva la verdad de una teoría, sino la búsqueda de falsaciones, que caso de conseguirse, derribarán la teoría en cuestión y forzarán a los científicos a sustituirla por otra mejor.

Esta contraposición entre el criterio de verificación y el criterio de falsación tuvo una gran importancia en su momento, y obligó a los filósofos de la ciencia a elaborar concepciones en las cuales estuvieran integrados de alguna manera los dos criterios. Naturalmente, después de pasado el tiempo y a los ojos de hoy día, está bastante claro que ni uno ni otro pueden, por sí solos, cumplir los objetivos deseados.

En primer lugar, al igual que las verificaciones observacionales de una teoría no son nunca concluyentes, por muchas que tengamos, tampoco es cierto que una sola falsación o resultado adverso, ni siquiera una acumulación de ellos, baste para derrocar definitivamente una teoría científica y arruinarla en el olvido.

El propio Popper insistió repetidamente en que los enunciados observacionales están también «cargados de teoría», y que la aceptación de los mismos se produce en definitiva como consecuencia de una decisión. En la práctica, al enfrentarnos a un resultado adverso cabe perfectamente dudar, no sólo de la ley general o conjetura que estemos sometiendo a contrastación, sino de cualquiera de las muchas hipótesis auxiliares que están imbricadas en esa observación puntual: las relativas a la capacidad perceptiva del experimentador, a la concurrencia exacta de las condiciones iniciales del experimento, a la fidelidad de los instrumentos de medida, a otras leyes o principios teóricos en conexión con el que estamos contrastando, y en fin, a la teoría general que los engloba y sirve de marco a todos ellos.

3 POPPER, K. R.: *La lógica de la investigación científica*, Madrid, Tecnos, 1962, pp. 40-41.

Por otra parte, cuando el científico se enfrenta a situaciones de observación y experimentación, no puede saber con certeza de antemano cuál va a ser el resultado obtenido, y por lo tanto no existe tampoco una diferencia tajante entre la búsqueda de la verificación y la búsqueda de la falsación. Lo que sí es cierto, y aquí la doctrina de Popper es indiscutible, es que la confirmación observacional de una teoría es cuestión de grados, y que el buen científico debe concentrar sus esfuerzos en someter sus teorías a las pruebas más arriesgadas que le sea posible:

«(...) las observaciones —y, más todavía, los enunciados de observaciones y los de resultados experimentales— son siempre *interpretaciones* de los hechos observados, es decir, que son *interpretaciones a la luz de teorías*. Por ello es tan engañosamente fácil encontrar *verificaciones* de una teoría, y tenemos que adoptar una actitud *sumamente crítica* con respecto a nuestras teorías si no queremos argumentar circularmente: precisamente la actitud de tratar de *falsarlas*»⁴.

Y es este último consejo, que podría quedar sin más como un mero llamamiento al espíritu crítico, o a la honestidad científica en definitiva, es el que ha sido recogido y explotado en las modernas filosofías de la ciencia, y de una forma particularmente provechosa en la teoría bayesiana de la confirmación, que es una de las más florecientes en la actualidad.

Según se explica en detalle dentro de esta escuela, a partir de una interpretación subjetiva del cálculo de probabilidades, y de un uso conspicuo del teorema de Bayes, lo que ocurre es sencillamente que cuando la credibilidad inicial de un determinado resultado experimental u observacional es muy baja, es decir, cuando nuestras expectativas iniciales de que se produzca ese resultado son muy pequeñas, entonces, si de hecho se produce, la teoría que estemos contrastando y que tenga a dicho resultado observacional entre sus predicciones, gozará de una confirmación muy grande con respecto al grado de credibilidad o verosimilitud inicial que nos merecía dicha teoría⁵.

En otras palabras: la verosimilitud inicial del resultado experimental representa el grado de confianza que tenemos *antes* de efectuar el experimento, de que se producirá el resultado en cuestión, confianza que estará basada en el conjunto de nuestro conocimiento hasta ese momento; una vez efectuado el experimento, es muy posible que la observación del resultado obtenido produzca alteraciones en nuestro sistema de creencias, o al menos en la firmeza de las mismas. Pues bien: lo que los bayesianos defienden, en resumidas cuentas, es que la verificación o confirmación de una teoría por medio de un resultado experimental será *mayor* cuanto *menor* sea la probabilidad o verosimilitud inicial de obtener dicho resultado. Y esta importante idea, directa o indirectamente inspirada en Popper, constituye a buen seguro una de las semillas más fructíferas y enriquecedoras de su magisterio filosófico.

Por lo demás, dentro de la amplia obra de Popper en filosofía de la ciencia, hay muchas otras contribuciones puntuales, que han corrido hasta la fecha una suerte diversa. Propuso, por ejemplo, una medida lógica del grado comparativo de verosimilitud entre dos teorías científicas rivales, a partir de los conjuntos respectivos de consecuencias verdaderas y falsas de cada una, pero como es bien sabido Tichy y Miller demostraron que era inoperante⁶.

4 POPPER, K. R.: *op. cit.*, p. 103, nota al pie.

5 Véase por ejemplo HOWSON, C. y URBACH, P.: *Scientific Reasoning: The Bayesian Approach* (2ª ed.). La Salle (Illinois), Open Court, 1993.

6 TICHY, P.: «On Popper's definitions of verosimilitude», y MILLER, D.: «Popper's qualitative theory of verosimilitude» y «On the comparison of false theories by their bases», los tres en el *British Journal for the Philosophy of Science* (Oxford), nº 25 (1974), pp. 155-160, 166-177 y 178-188 respectivamente.

También elaboró una teoría de la probabilidad objetiva, según la cual la tendencia probabilística frecuencial de determinados experimentos repetibles es una propiedad física real, que Popper llamó «propensión», atribuible a cada evento individual que lo ejemplifica. Esta teoría ha recibido muchas críticas, pero también tiene defensores y continuadores, como Ronald Giere, y su porvenir en el futuro es incierto⁷.

Y está, por supuesto, su famosa metafísica de los tres mundos, que formuló junto al premio Nobel de medicina John Eccles, y según la cual la realidad está dividida en un mundo físico, otro mental, y otro cultural, que interactúan entre sí. De esta singular teoría lo menos que puede decirse es que ha suscitado un debate intenso, que en un futuro pudiera resultar fecundo⁸.

En cuanto a la filosofía social de Popper, gran parte de la misma está basada en su tesis de que la historia humana no se halla sujeta a leyes universales, tesis que aunque pueda ser cierta, es claro que Popper nunca demostró concluyentemente⁹. De ahí infiere él su oposición a los regímenes autoritarios, ya que ningún gobernante puede atribuirse el privilegio de gobernar sobre la base del conocimiento de unas leyes sociales que en realidad no existen.

El gobierno de una nación consiste esencialmente, según Popper, en la resolución de problemas puntuales de organización social en aras de minimizar el grado colectivo de malestar o sufrimiento, y para ello no hay mejor método, siempre de acuerdo con nuestro autor, que suscitar el debate público y estimular el espíritu crítico de todos los ciudadanos, para que las carencias de las malas políticas sean detectadas cuanto antes y éstas puedan ser así reemplazadas por otras mejores. Reaparece aquí por consiguiente el racionalismo crítico, y una forma sucedánea del criterio de falsación, aplicado esta vez a la evaluación de políticas sociales y administrativas, y consistente en la valiente exposición de éstas al libre enjuiciamiento de todos los ciudadanos implicados, para que salgan a la luz sus defectos.

A pesar del considerable eco académico y político de la filosofía social de Popper, y aun siendo todavía pronto para evaluar globalmente estas contribuciones, yo me inclino a pensar que dicho eco haya sido debido mayormente, no tanto a la originalidad o a la solidez de sus argumentos, como a la fama ya adquirida por Popper como filósofo de la ciencia, y sobre todo, a la enorme eclosión y preeminencia de que goza en nuestros días el pensamiento liberal en todos los órdenes.

2. La filosofía analítica

Dicho esto, me gustaría aprovechar la ocasión para hacer algunas reflexiones, muy tentativas, sobre el estado actual de la filosofía en la vida universitaria española, y en particular sobre la situación de la filosofía analítica, de la que Popper fue sin duda un representante ejemplar.

Existe hoy en nuestras aulas universitarias un contraste evidente entre dos formas completamente distintas de cultivar la filosofía académica. En una de ellas se persigue como objetivo principal la adquisición de un saber erudito, consistente en un conocimiento profundo de la obra de los grandes filósofos, complementado a ser posible con un buen dominio de las lenguas clásicas o

7 POPPER, K. R.: *Conjeturas y refutaciones*. Barcelona, Paidós. 1983. *Un mundo de propensiones*. Madrid, Tecnos. 1992. GIÉRE, R. N.: *Understanding Scientific Reasoning* (4ª ed.). Harcourt Brace College Publishers, Londres. 1997.

8 POPPER, K. R. y ECCLES, J. C.: *El yo y su cerebro*. Barcelona, Labor. 1980.

9 POPPER, K. R.: *La sociedad abierta y sus enemigos*. Barcelona, Paidós. 1981. *La miseria del historicismo*. Madrid, Alianza. 1992, y para una crítica contundente URBACH, P.: «Is any of Popper's arguments against historicism valid?», *British Journal for the Philosophy of Science* (Oxford), nº 29 (1978), pp. 117-130.

modernas en que estos se expresaran, y a veces, con el perfil de las circunstancias históricas, culturales y políticas que rodearon sus vidas y sus producciones.

Se trata así fundamentalmente de llevar a cabo una *contemplación activa* de estas obras, rele-yéndolas, interpretando su significado o las intenciones más o menos ocultas de sus autores al escribirlas, comparándolas entre sí, poniendo en relación autores y textos aparentemente dispares, y en fin cómo no, también criticándolas y evaluando la sostenibilidad de las opiniones que en ellas se expresan, pero esta última parte, no nos engañemos, es sólo un apéndice que rara vez excusa el laborioso trabajo previo de relectura e interpretación.

En este sentido, el tipo de actividad que estoy describiendo se parece bastante a la que realiza el estudioso académico de la literatura, también centrado a su vez en la ilustración de la historia del género, y para el cual, al igual que para el erudito de la filosofía, la obra contemporánea es sólo un segmento más, el último, dentro de la larga línea histórica que hay que abarcar.

A esta forma de cultivar la filosofía se opone otra, radicalmente distinta, en la cual el objetivo que se persigue es un saber sustantivo, que atiende exclusivamente a los problemas abiertos existentes y a la elaboración de teorías para afrontarlos o solucionarlos, y a la cual la correcta interpretación de autores, o la historia de las doctrinas filosóficas, no le pueden interesar sino de una forma anecdótica, como fuente de inspiración, y nunca por su importancia en sí mismas. En una palabra: un tipo de filosofía cuya única preocupación es la contribución al conjunto del conocimiento humano.

Claro está que los temas que tratan una y otra, al final vienen a ser más o menos los mismos: temas inciertos, sobre los que sabemos poco, como es característico del ámbito filosófico. Pero mientras una se dedica a recopilar las principales teorías de los grandes filósofos sobre esos temas, la otra se centra exclusivamente en analizar aquellas que están en la palestra hoy, en los términos exactos en que puedan resultar aceptables en la actualidad, y evaluando la solidez de sus argumentos a la luz del estado de la ciencia en el momento presente.

Me parece un hecho indiscutible que este segundo tipo de filosofía está *principalmente* representado por la filosofía analítica, y en España, en cuanto al cubículo administrativo, por el Área de Lógica y Filosofía de la ciencia. Aunque inmediatamente tengo que añadir que ni el ejercicio de la filosofía sustantiva es competencia exclusiva de los analíticos, o de los profesores del Área de Lógica, ni tampoco éstos se hayan exentos ni mucho menos de comportamientos propios de los eruditos, como cuando se enzarzan, por ejemplo, en interminables discusiones sobre la interpretación de autores, cosa que ocurre por desgracia con demasiada frecuencia¹⁰.

En fin, en la última gran reforma de Planes de estudios en nuestra titulación, según el Real Decreto de 1990¹¹, la historia de la filosofía, y con ella en buena medida la filosofía erudita, perdió una parte importante de su presencia académica, aunque siga conservando una posición hegemónica con respecto a cualquier otra materia filosófica específica. Espero que en los próximos años se acentúe dicha tendencia, y se acabe por otorgar a esa clase de filosofía que yo he llamado aquí «sustantiva», su merecida preponderancia en la vida universitaria de nuestro país.

10 Eso sí, frente a revistas como la emblemática *Mind*, cuyas instrucciones de publicación prohíben expresamente la aceptación de artículos exegéticos.

11 R. D. 1467/1990 de 26 de octubre (B.O.E. del 20-11-1990), de directrices generales sobre el título oficial de Licenciado en Filosofía.